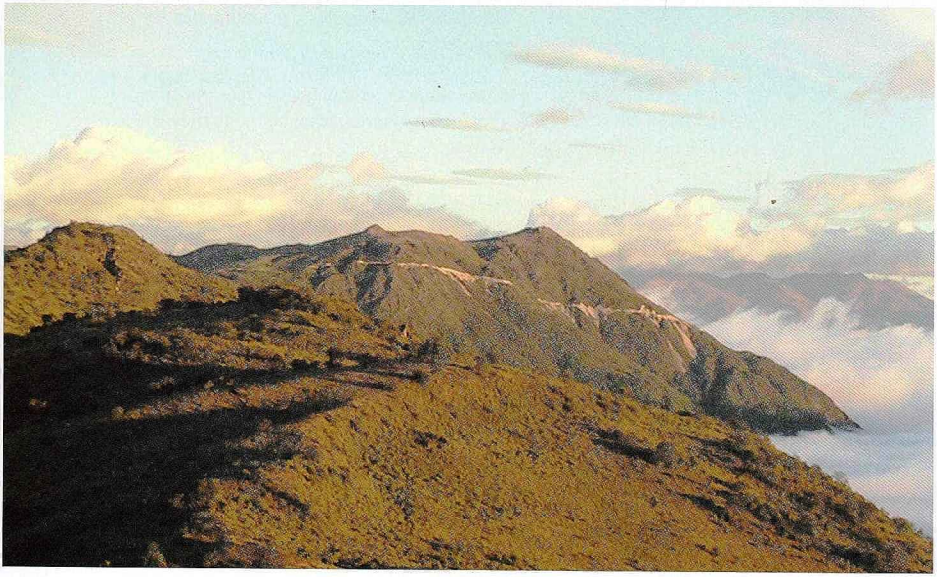
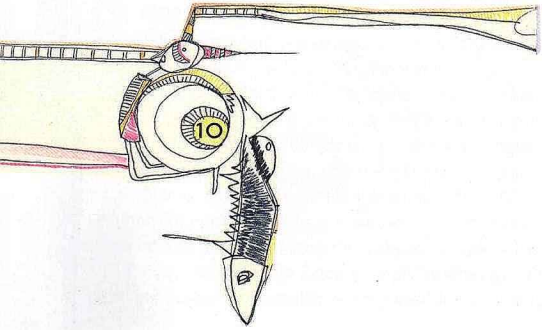
Paredones de Molleturo:
donde el cielo se vuelve agua, y el agua cielo.



Ushno principal del complejo arquitectónico de Paredones, y la altura inmensa de nuestra región.



La infinitud de nuestro paisajismo se complementa con la armónica arquitectura Cañari- Inca.

Desde la cima del Chideleg, el cono glaciar del Chimborazo y su procesión de los Altares. El milagro que los andes pluralizan en nuestro continente se puebla de alturas en donde el mirar, el sentir, el silenciarse y observar arrebatan el espacio comprendido entre las manos y el abismo que rodea los valles, las quebradas, los ríos, bosques, páramos y ese continuo respirar abrillantado del cielo, que humedece el viento y refresca la mirada.

Cuenca es una ciudad anciana, el hermoso valle en el que se levanta, consorte de milenios, ha sido testigo del nacimiento y evolución de culturas ancestrales que convergen -por más de 10 mil años- hacia cañaris e incas.
Segunda capital del Tahuantinsuyo: Tumipampa; Guapondelig de la gran nación Cañari, este valle interandino, constantemente clareado por cuatro ríos, a los 2500 msnm., aprox., está conectado, referencialmente, con una serie de pucaras, tambos reales y demás levantamientos prehispánicos, que parecen acompañar las latitudes que se mecen entre las montañas, como continuando con su arquitectura el lenguaje de la tierra.

Paredones de Molleturo es, sin duda, uno de estos rincones mágicos de altura en donde lo imaginable es al instante, cuando la vista no termina... Con más de 3000 metros cuadrados de vestigios Cañari-incas, esta vasta ceja de montaña se encumbra en el cerro Chideleg a los 3600 msnm., aprox.; desde donde (en un día despejado) se observa, hacia el oeste, el Océano Pacífico: ese inacabable silencio del azul que se comparte en el límite donde el cielo se vuelve agua, y el agua cielo. El mar y las distancias que lo traducen en el continuo respirar del monte, el risco y sus vientos; y hacia el este, el cono glaciar del taita Chimborazo y su blanca majestad por sobre todo lo que parece el acolchonado recuerdo de Dios, en una sola claridad del mundo y el colchón de nubes dispuesto abajo, allá, donde flota lo plausible, merced a ese silencio que lo abarca.

La primera vez que estuve en Paredones fue hace quizá 9 años, cuando, con los amigos de siempre caminamos alrededor de tres horas, a cuesta (antes no contábamos con el carretero que ahora está dispuesto), con carpas, comida, agua y demás necesidades a los hombros y la incertidumbre –casi incredulidad- de lo que sobre el lugar se decía: "el mar y la nieve, la eternidad del cielo…"; y además: el silencio oportuno, su delirio,

La imponencia de cielo caído, la férrea voluntad del Chideleg.

JUAN CARLOS ASTUDILLO S.
Guía Naturalista del Parque Nacional El Cajas.
tugastudillo@gmail.com

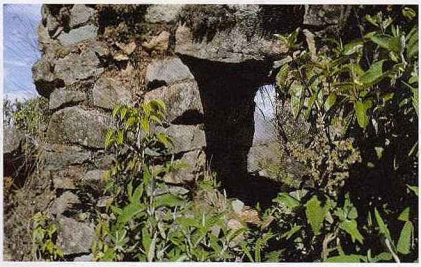
el nuestro, las aves de altura y su salto cósmico al atardecer: "la vagina cósmica", como dice un poeta...

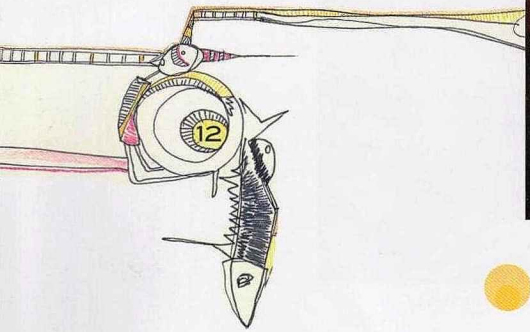
Caen las horas y al calor del fuego se prende la noche en un frenético aparecer de estrellas, cada vuelta la vista arriba parece haber sido poblado un puñado de miles de luces que encandilan el cielo, lo profundizan y lo cuecen. La noche en Paredones es algo de no olvidar, es el resultado exacto del atardecer que lo precedió, es el otro silencio, la otra razón, el caminar de frente sobre las espaldas dando brincos incontables al transcurrir habitual del tiempo, es callar y promover todos los diálogos sin decir ni pretender ningún verbo, es la noche que espera el día para contarle todo lo que hay para amanecer juntos.

Parte del Camino del Inca: con sus 11 mil km., de recorrido a través de sur América, una de las grandes obras de la humanidad.

CÓMO LLEGAR:

Desde Cuenca se puede tomar el bus hacia Guayaquil, y empezar el camino en San Pedro de Yumate (una hora y media aprox.), un pequeño cacerío andino cercano a la parroquia de Molleturo, desde donde el camino se empina en una cuesta de quizá 3 horas. En Yumate, es fácil conseguir gente dispuesta a acompañar al viajero en la ascensión, que además, pueden proveer de caballos para cargar el peso a ser llevado –preguntar por la familia Gutama- ya que, aunque es posible encontrarla, es mejor llevar –además de la comida- agua suficiente para las necesidades del grupo.



Parte de los muros aún en pie dentro del complejo.

El atardecer de playa: el sol y su huida vista desde la montaña.